

CAPITULO XXIII.

Un nuevo lazo.

La hermosa Luz se encontraba sola y triste en su prision.

Desde la noche fatal que le arrancaron del lado de sus padres y de su amante, la infeliz no habia vuelto á respirar el aire puro de los campos ni de los paseos.

Encerrada en el estrecho cuarto á donde el doctor la habia conducido para triunfar de su virtud, su rostro habia perdido el sonrosado color que le animaba, y sus ojos la brillante luz de su dulcísima mirada.

Era una flor privada de los rayos vivificantes del sol y de las brisas primaverales

Temerosa á todas horas de ser víctima del hombre que habia jurado su deshonra, la desventurada no tenia ni un solo instante de reposo.

La mayor parte de las horas del dia las pasaba en fervorosa súplica al Eterno, y las noches, casi en continua vela, despertando sobresaltada al mas ligero ruido que escuchaba.

Era una vida de inquietud y de sobresaltos, que destruían su salud y marchitaban su hermosura.

Sin tener noticia alguna de las personas que mas amaba sobre la tierra, sin respirar otro ambiente que el escaso que penetraba por la estrecha ventana á la que le vimos asomada una dia, y que ahora está cerrada con doble reja para que no pueda ser vista de la calle, su existencia era un continuo martirio, al cual la muerte era preferible.

Dios, sus padres, y el tierno amante que adoraba con todas sus potencias, eran los seres que ocupaban su imaginacion.

Rafael habia sido el primer hombre que

habia hecho latir su corazon de amor, y aquel sentimiento era tan profundo, tan intenso, que no podia separarse de ella, como no puede separarse de la olorosa flor el regalado aroma que la enriquece.

La memoria de aquel sér que le hizo presentir en este mundo las dichas de la gloria, le arrancaba á todas horas amorosas lágrimas, que habian dejado en sus mejillas la triste huella de su paso.

—¡Dios mio, Dios mio!—Exclamaba en el instante en que nos halla nuestra historia.—¿Hasta cuándo habrás dispuesto que duren mis penas? ¡Muy criminal debo ser, cuando tú, tan misericordioso, has descargado tu rigor sobre esta infeliz mujer! ¡Sí; muy criminal debo ser! ¡Pero yo te ruego, Padre amantísimo, por la restauradora sangre derramada en el salvador madero por tu Divino Hijo, y por el precioso llanto de tu Santísima Madre, que te dignes poner término á mis padecimientos..... que aplaques la fuerza de tu justicia, y que me arranques del poder del hombre que atenta á mi virtud!

Y el rostro de la jóven se miró bañado de repente por el fuego de la fé y de la esperanza.

—¡Ah! no: tú no me abandonarás.—Continuó como inspirada por un presentimiento celestial.—El que vela por la vida de la humilde hormiga que se arrastra bajo nuestros piés, no permitirá que mancillen la honra de una criatura, pecadora sí, pero que le ama con todas las veras de un corazon cristiano. ¡Ah! sí: yo espero que mis renglones, aquellos renglones escritos con singular trabajo, sobre el pañuelo blanco que arrojé por esa ventana, habrán caido en manos de una persona religiosa y compasiva, que habrá cumplido con la súplica que en ellos se le hacia. ¡Por qué tarda, pues, mi inolvidable Rafael, en venir á salvarme? ¡Me habrá olvidado acaso! ¡Estará ausente de México, ocupado en la campaña contra los Norte-Americanos, como el infernal doctor me ha asegurado? ¡Lo primero es imposible! ¡Los hombres virtuosos como Rafael, solo aman una vez, y para siempre! ¡Habrá muerto, pues, víctima de una

bala enemiga, en el sangriento campo de la Angostura?

Y Luz se puso pálida con aquel pensamiento, que heló la sangre de sus venas.

Un frío mortal se extendió por todos sus miembros, que la hizo estremecer y que se comunicó hasta la raíz de su cabello.

El ruido de la puerta, que en aquel instante se abría, aumentó su terror.

Preocupada como estaba su imaginación por la espantosa idea que le había asaltado, se sobrecogió de espanto al ver penetrar por ella al doctor acompañado de Duval.

La joven se levantó cadavérica del sitio en que oraba, y sin ser dueña para sobreponerse al miedo que le dominaba, se puso de un salto en el extremo de la alcoba, mirando con ojos desencajados, y temblando como una cervatilla, al hombre cuya sola presencia le causaba horror.

Wiley, tomando un tono dulce, y dando á su fisonomía toda la amabilidad de que era susceptible, le dijo sin moverse del sitio en que estaba, procurando de aquella manera inspirarla alguna confianza.

—No se alarme vd. con nuestra visita, encantadora Luz, porque á ella no vengo como otras veces, impulsado por el amor frenético que me avasallaba, y martirizaba á vd., sino con el ardiente anhelo de que se digne perdonar mis extravíos pasados antes de dejarla á vd. en libertad para que vuelva al lado de sus queridos padres.

Luz escuchó con placer estas últimas palabras; pero recelando que envolviesen un lazo para perderla, continuó en el mismo sitio sin moverse y sin despegar los labios.

El doctor conoció lo que pasaba en el corazón de su víctima, y añadió, dando á su acento toda la expresión de candorosa ingenuidad que juzgó conveniente, y dejando abierta la puerta de la pieza para inspirarla confianza.

—Los hombres todos tenemos errores de que después nos avergonzamos y arrepentimos. Incurriendo en uno de ellos ofendí á vd.: conociendo mi falta, trato de repararla. Mañana parto para Europa, y no contando con el cariño de vd. para que me

siga, he resuelto que vuelva vd. al seno de su familia.

La jóven continuó retirada y con el mismo recelo.

—Veo que duda vd. de la sinceridad de mis palabras;—continuó el doctor.—Pero vd. sabe muy bien que soy demasiado franco. Cuando anhelé su posesion, le abrí mi alma sin ocultar ninguno de sus afectos. ¿Por qué no habia de usar ahora de igual franqueza? Si me condujese á este sitio el bastardo deseo que hasta aquí, en vez de dejar abierta la puerta y de permanecer á la distancia á que he quedado, el amigo que me acompaña y yo, la sujetáramos á vd. sin que nadie pudiera salvarla. Pero, repito, que mi objeto no es, por fortuna, ya el que hasta hoy me ha tenido sin razón y sin reposo, sino el de ver cómo combinamos la manera de que vuelva vd. al seno de su familia, sin que yo pase jamás ante ella por criminal y mal amigo.

La jóven se calmó algun tanto con aquella advertencia.

Pensó que si, en efecto, el doctor hubie-

ra tratado de vencerla, de nada le hubiera servido retirarse unos cuantos pasos, que aquellos hombres los hubieran salvado de un salto.

La vista de la puerta, que permanecía abierta, argüía en pro de este pensamiento; y renaciendo en su alma poco á poco la tranquilidad perdida, su fé religiosa atribuyó á la oracion que acababa de elevar al Eterno, aquel paso practicado por el doctor.

Sin embargo, aunque mas serena y animada, no se atrevió á moverse del sitio en que se habia colocado.

—Le suplico á vd.—agregó Willey—que se acerque, hermosa Luz, porque á la distancia en que nos hallamos, no seria prudente tratar el asunto delicado que nos ocupa. Nada tiene vd. que temer: mi resolucion de partir mañana, está tomada, y solo deseo que, en vez de pasar á los ojos de su familia de vd. por un infame criminal, pueda presentarme al despedirme, como salvador y libertador de la hermosa jóven, cuya desaparicion lloran.

Luz, conociendo que la distancia á que

se encontraba no disminuía ni aumentaba el peligro, se resolvió acercarse, calculando que la mejor manera de obligar á obrar bien, era manifestar confianza á la misma persona á quien se teme.

—Creo en la sinceridad de las palabras de vd., señor Willey; y por lo mismo me acerco.—Dijo Luz llegando modestamente á donde ellos estaban.—¡Qué gloria le resultaría á vd. de engañar á una débil mujer faltando á su promesa?

—Un remordimiento mas que me guardaré muy bien de no echar sobre los muchos que, por desgracia, pesan sobre mi conciencia.

Exclamó el doctor cada vez mas respetuoso y atento.

—¡Ah, señor Willey! ¡Si viese vd. con qué placer le escucho! Ahora conozco que las acciones de los hombres, mas que su hermosura, conquistan nuestro aprecio. Sí; porque ahora, al verle convertido á vd. de perseguidor en amigo, siento suceder al temor y al sobresalto con que le veía, el aprecio y la gratitud.

Duval que, mientras la jóven se mantuvo retirada en el fondo del cuarto, no pudo examinar sus facciones, se quedó admirado de su belleza y gallardía.

—Le he dicho á vd., hermosa Luz—dijo Willey—que mañana salgo para Europa; pero antes quiero reparar, en parte, los pesares que he causado á vd. y á su familia, haciendo que vuelva vd. al seno de ella, y á ser la esperanza del hombre que hasta hoy miré como rival, y á cuya sincera y franca amistad, tan ingratamente correspondí.

—¡Ah! todos olvidaremos las penas y las amarguras pasadas, para no acordarnos mas que de este rasgo de abnegacion y de generosidad que lleva la alegría al corazon de una familia que bendecirá á vd. constantemente.

—No aspiro á tanto, sino á llevar el convencimiento de que no me aborrece.

—¡Oh! yo le prometo á vd. que su gratitud será eterna.

—Eso me tranquiliza; pero para poderme

presentar á ella antes de partir, es preciso que vd. permita que yo haga el papel de su libertador y no el de raptor que me pertenece.

—¡Cómo me he de oponer á una cosa que le recomienda á vd. y que en nada me ofende!

—¡Ah! ¡veo que es vd. la mas generosa de todas las mujeres!

Luz, al notar la afabilidad con que era tratada, y pintados en el rostro de su interlocutor la sinceridad y el arrepentimiento, no dudó de que el cielo, compadecido de sus penas, habia escuchado sus súplicas.

Alentada con esta idea, fijó la vista en Duval que, en aquel instante, tenia clavados en ella los ojos, con una mezcla de compasion y de interes, que vertió la confianza en el corazon de la jóven.

Aquel hombre, siempre adusto para todos, parecia haber cambiado de repente de naturaleza ante aquel ángel que contemplaba como á la vision aérea que visita al jóven en sus ensueños de amor.

Luz creyó notar en su mirada la bondad

y el sincero cariño, y se sintió inclinada hácia él.

—Para conseguir el objeto que me he propuesto—añadió el doctor—he pensado que el señor que está presente, y que es un leal amigo, que tambien marcha á Europa en mi compañía, se dirija á la casa de vd. diciendo á sus queridos padres que la hemos traído á vd. de una casa de San Angel, donde la tenían á vd. encerrada, y que la hemos conducido á ésta, á donde pueden venir inmediatamente ellos mismos por vd.

—¡Ah! sí.—Exclamó henchida de júbilo la jóven deponiendo ya todo temor, y mirando cada vez con mas confianza y cariño á Duval, que le contemplaba conmovido y en silencio.

—Pues no perdamos tiempo:—dijo Willey disponiéndose á salir.—Iremos los dos á comunicar la fausta nueva á su familia, en tanto que vd. se serena de su sorpresa.

—¡Ah! gracias, gracias... señor Willey.—Exclamó la jóven, no quedándole ya duda de que se trataba de salvarla.—La generosa accion que acaba vd. de practicar, le dan

un lugar distinguido en mi agradecido corazón.

—Esa distincion me es mas agradable ahora, que me hubieran sido sus caricias, arrancadas por la violencia.

—Pues cuente vd. que durará mientras durare mi vida.

—Gracias. Pero en este cuarto, que tiene todo el aspecto de una prision, no puede vd. esperar la llegada de sus padres. Para desvanecer toda sospecha, le he dispuesto á vd. otra pieza mas decente, á donde suplico á vd. se digne pasar, en tanto que nosotros volvemos de desempeñar nuestra comision, y en compañía de ellos.

Luz que habia adquirido una consoladora confianza con la presencia de Duval, que veía ademas el respeto del doctor, y que, por último, pensó que si intentaran algo contra su honra, lejos de sacarla de aquel sitio el mas retirado, la retendrian en él, no tubeó en obsequiar el deseo de Willey.

Al penetrar en la nueva habitacion, el corazón de la jóven se sintió bañado de mayor cofianza y seguridad.

Los elegantes muebles que en la pieza habia, su higiénica ventilacion, los ricos sillones y sofás que la adornaban, todo argüia en favor de las palabras del doctor.

—Adios, hermosa Luz—dijo éste;—dejamos á vd. por un momento. Si en tanto que dura nuestra ausencia se le ofreciese á vd. algo, abierta queda la puerta de esta pieza para que pueda vd. llamar á los criados, si no quiere vd. hacer uso de la campanilla.

Esta noticia llenó de regocijo y confianza á la jóven. ¿Podia dudar ya de la sinceridad de las palabras de aquel hombre, que se alejaba dejándola en libertad de salir de la estancia, cuya puerta quedaba abierta?

—¡Ah! ¡señor Willey!—exclamó henchida de reconocimiento.—¡Nunca olvidaré la dicha que me proporciona vd. en este instante! Corra vd., corra vd. por Dios á anunciar sin tardanza á mis afligidos padres la fausta noticia que les devolverá la felicidad; y vd., hombre generoso, que le acompaña—añadió dirijiéndose á Duval—vd. que va á partir para Europa en su compañía; vd., en cuyo rostro he leido desde el instante que

se presentó, el interes y la compasion, sentimientos que me han inspirado una confianza ciega y una gratitud profunda, vd. reciba como una prueba de mi reconocimiento este medallon que llevo al cuello, y que donde quiera que esté le recordará mi gratitud intensa.

Y la jóven se quitó un medallon que habia conservado siempre como una alhaja de inestimable precio, y se lo entregó á Duval, que lo recibió conmovido.

Era la primer vez de su vida que la compasion habia penetrado en su alma.

La virtud y la belleza de aquella jóven le habian causado una impresion desconocida y respetuosa

—Lo conservaré, señorita; — dijo con acento tierno y temblando de emocion— como una joya que me haga amable la virtud y aborrecible el vicio.

Y triste, y como á pesar suyo, se alejó de allí, acompañado del doctor, enviando una mirada afectuosa y compasiva á aquella jóven, á quien dejaba en manos de un malvado.

Luz correspondió á aquella mirada, con otra de gratitud; y al verse sola en la pieza, cayó de rodillas, dando gracias al Eterno por la próxima dicha que esperaba alcanzar.

CAPITULO XXIV

La noche de la pieza

Al verse sola en la pieza aquella jóven se quitó un medallon que habia conservado siempre como una alhaja de inestimable precio, y se lo entregó á Duval, que lo recibió conmovido.

Era la primer vez de su vida que la compasion habia penetrado en su alma.

La virtud y la belleza de aquella jóven le habian causado una impresion desconocida y respetuosa

—Lo conservaré, señorita; — dijo con acento tierno y temblando de emocion— como una joya que me haga amable la virtud y aborrecible el vicio.

Y triste, y como á pesar suyo, se alejó de allí, acompañado del doctor, enviando una mirada afectuosa y compasiva á aquella jóven, á quien dejaba en manos de un malvado.